

las procesiones, los paseos al Parterre, y sus conversaciones en las calles y á las puertas de los cafés, que no se cierran ni de día ni de noche; advirtiéndose además que todas las gentes tienen un aire de fiesta, con un abandono de pereza y de buen vivir, aprovechando cada placer que pasa sin inquietarse por su duracion, y dejándolo como si lo hubiesen tomado para esperar otro. Oyóse una noche un gran estrépito. Dos ó tres músicos de la Pèrgola al salir del teatro habian tenido la idea de irse á su casa tocando un wals: la poblacion diseminada por las calles se habia puesto á seguirlos walsando: los hombres que no habian encontrado pareja walsaban con otros hombres: quinientas ó seiscientas personas tomaron así el placer del baile desde la plaza del Duomo hasta la puerta del Prato, donde vivia el último músico: habiendo entrado en su casa el último músico, los walsadores se volvieron agarrados del brazo, ante ndo el aire sobre el que habian walsado.

LA PERGOLA

Florençia presenta en el invierno un aspecto enteramente particular: es una ciudad de baños, menos las aguas. La temperatura se divide en dos fases muy distintas, y casi siempre perfectamente cortadas: se tiene un sol magnífico, ó llueve á torrentes. Este tiempo cubierto, nebuloso y húmedo, que forma el fondo de nuestra atmósfera tres ó cuatro meses del año, allí es desconocido.

Si hace buen dia, á la una todos los coches salen, menos los coches florentinos cuyos amos temen mucho las variaciones de invierno, y se dirigen á las *Cachinas*. No se echa de menos la ausencia de los florentinos, porque los coches extranjeros bastarian para el gasto cotidiano de Longchamps ó de los campos Eliseos. Unicamente en lugar de bajar al Prato y á la sombra, se deja á las liebres y á los faisanes aquel paseo demasiado frio y demasiado húmedo, y se baja á *Longo Arno*.

Longo Arno, como lo indica su nombre, es un paseo

á lo largo del Arno. A la izquierda se extiende el rio; á la derecha la cortina de verdes encinas, de pinos y de hiedra que separan aquel paseo. Allí es donde se viene á beber, en lugar de un agua termal infecta, ese dulce sol de Italia siempre tibio y risueño. Como el camino es muy estrecho, allí se roza la gente como en el pasaje de la Ópera. Unicamente la poblacion allí es extremadamente variada: cada grupo que cruza, que os tropieza con el codo, ó que pasa por delante de vosotros, habla una lengua diferente. Allí, contra su costumbre, no están en mayoría los Ingleses, los aventajan los Rusos: lo que es un gran consuelo para los Franceses que pueden creerse todavía, olvidando aquel hermoso sol y aquel magnífico horizonte de montañas sembrado de villas ó casas de campo, en medio de la mejor y mas elegante sociedad de las Tullerías.

Entre aquellos numerosos paseantes, pero solamente mas apretados, mas codeados, mas saludados que los demás, pasa el gran duque y su familia: toda su guardia consiste en dos ó tres criados que se ponen bastante lejos para no oír la conversacion.

Del Longo Arno se vuelve á hacer la estacion obligada á Piazzone. Allí solo se halla, desafiando lo que se llama los rigores de la estacion, algunos florentinos afrancesados, demasiado enamorados para temer el frio, ó demasiado jóvenes para temer los reumatismos. En cuanto á los florentinos, es raro ver mas de dos ó tres en los mas hermosos dias, que no hacen la estacion sino un instante, y precisamente el tiempo indispensable para hacer el arreglo de lo que han de hacer ó por la noche ó por la mañana siguiente.

En la Pérgola vuelven á encontrarse. La Pérgola es

el teatro de Florencia. Todos los florentinos, ó los extranjeros en la capital de la Toscana, del mes de octubre al de marzo se abonan á la Pérgola: es una cosa de que nadie puede dispensarse. Comeis en la mesa redonda ó en el *restaurant* de la Luna, comeis en vuestra casa los macarrones y el *bacala*, nadie se ocupa de vuestros asuntos; pero teneis un palco en una de las tres nobles filas, ese es negocio de todo el mundo: un palco y un carruaje son las *indispensabilidades* de Florencia.

El que tiene palacio y carruaje es un gran señor; el que no tiene ni palco, ni carruaje, aunque se llame Rohan, Corsini, Poniatouski, ó Noailles, no es mas que un perdido. Arreglaos segun esto: y si vais á Florencia, apartad en vuestro bolsillo la cantidad del palco y del carruaje, como al ir á Roma y á Nápoles se aparta una cantidad para los ladrones. Además, carruajes y palcos no son caros en Florencia, se tiene un carruaje al mes por doscientos cincuenta francos, y un palco por la temporada mediante cien piastras. Agregad á todo esto que el palco en Florencia vale cuatro veces su valor, no por el espectáculo, nadie se ocupa del espectáculo en Florencia, sino por la sala: y entiende por la sala, los espectadores.

En efecto, la Pérgola es donde se cruzan todos los fuegos de la coquetería femenina, pero, como en el paseo, las florentinas están en minoría. La mayoría la componen las extranjeras que vienen de Paris, de Londres y de San Petersburgo, esperando confundir á sus rivales bajo el peso de cuanto hay de mas nuevo en las tres capitales. Las francesas con su simple elegancia; las inglesas con sus plumas sin fin, y sus vestidos ricos y chillones; las rusas con sus hilos de brillantes y sus rios

de turquesas. Pero las florentinas tienen con que hacer frente á todo, salen de los viejos armarios esculpidos de sus antepasados olas de gupour del punto de Inglaterra; puñados de diamantes propios de principes ó de pontífices, trasmitidos de padres en hijos; ricos brocados como el Veronés ponía á sus reyes magos; escriben á la señorita Baudran que les envíe todo esto convertido en vestidos, y aguardan tranquilas el resultado de la campaña. Resulta de aquí que en pocas grandes capitales hay un lujo de tocador igual al de Florencia. Compréndase lo que será la pobre ópera en medio de tan graves int reses. Los anteojos y los gemelos van de un paleo á otro; hácia la escena nunca: á no representarse alguna ópera nueva y desconocida, se habla casi durante todo el tiempo que dura. Yo no conozco mas que *Roberto el diablo* que haya venido durante treinta ó cuarenta representaciones seguidas á establecer una tregua de Dios entre los combatientes.

En cambio se escucha religiosamente el baile. Compónese de sextas ó séptimas bailarinas parisienses: pero estas señoritas remedian la debilidad de su talento por lo corto de sus vestidos; bailan tan pronto de puntillas, tan pronto sobre el talon, estropeando los pasos, faltando á los equilibrios, pero arreglándolo todo con una pirueta. Una pirueta es en el fondo del baile como el *Legno y Robba* en el fondo de la lengua: cuanto mas duro mas aplaudido es: así es que hay pocos trompos y peonzas... que puedan rivalizar con los bailarines florentinos. Cansarian á un faquir.

Desgraciadamente el bailarín está muy de moda en los bailes de la Pèrgola, y no les cede á las mujeres ni en las obscenas posturas, ni en las prolongadas piruetas.

Esto es tal vez muy hermoso como arte, pero es muy feo como realidad.

Otra singularidad de la Pèrgola es el privilegio que tienen los curtidores, los pellejeros, y en general todos los que manejan el cuero, de venir á romperse la cabeza para mayor diversion de los espectadores. ¿A qué época remonta este privilegio? ¿Qué circunstancia ha dado lugar á él? ¿Qué bella accion está encargada de recompensar? Esto es lo que ignoro; pero el privilegio existe; este es el hecho. En consecuencia, y con tal que se visitan á su costa estos extraños comparsas, pueden venir á figurar tal cosa, que no dejan de hacer, mientras que hay todos los trabajos del mundo para tener otros figurantes pagados: en virtud del mismo privilegio no se mezclan con el vulgo; entran aparte, y sus ejercicios duran de un intermedio á otro. Ejecutan grupos, combates y cabriolas semejantes á los de los Alcides, menos en la fuerza, y á los de los Venecianos, menos en la ligereza. Estos grupos, y estos combates y estas cabriolas además son siempre muy aplaudidos: y la honrosa corporacion y gremio de curtidores y pellejeros llevan su buena parte de aplausos en la noche.

A veces en medio de una cavatina, ó de un paso doble, una campana con agudo y triste son se deja oír, es la campana de la Misericordia; oidla bien: si da una campanada, es por un accidente ordinario; si da dos campanadas, es por un accidente grave; si da tres golpes, es para un caso de muerte. Entonces veis aclararse los palcos, y sucede frecuentemente que aquel con quien hablais, si es florentino, se excusa de dejaros en medio de la conversacion; toma su sombrero y se larga. Os inframais de qué quiere decir aquella campana, y de qué

proviene el efecto que produce; y os responden entonces que es la campana de la Misericordia, y que aquel con quien hablais, siendo hermano de la Misericordia, va á cumplir con su piadoso deber.

La cofradía de la Misericordia es una de las mas bellas instituciones que existen en el mundo. Fundada en 1244 con motivo de las frecuentes pestes que desolaron la Italia en el siglo xiii, se ha perpetuado hasta nuestros dias sin alteracion ninguna, si no en sus detalles, al menos en su espíritu. Se compone de setenta y dos hermanos llamados jefes de guardia, los cuales están de servicio cada cuatro meses. Estos setenta y dos hermanos están divididos así: diez prelados ó sacerdotes graduados; veinte prelados ó sacerdotes no graduados; catorce caballeros y veinte y ocho artistas. A este núcleo primitivo, representando las clases aristocráticas y las artes liberales, están agregados ciento cinco jornaleros para representar el pueblo.

La sede de la cofradía de la Misericordia está colocada en el Duomo. Cada hermano tiene allí marcado con su nombre un cajon encerrando una túnica negra parecida á la de los penitentes, con aberturas únicamente en la boca, á fin de que su buena accion tenga el mérito del incógnito. Inmediatamente que llega la noticia de un accidente cualquiera al hermano que está de guardia, toca la campana de alarma, segun la gravedad del caso, una, dos, tres campanadas, y al sonido de aquella campana todo hermano, en cualquier parte que se halle, debe retirarse en el instante mismo y acudir á la cita. Allí sabe cuál es la enfermedad que le llama, ó el padecimiento que le reclama; se pone su túnica, se planta una gran caperuza, coge una vela en la mano y va do-

quiera se lamenta una voz: si es un herido, lo lleva al hospital; si es un muerto, lo lleva á la capilla: gran señor y hombre del pueblo, entonces vestidos con la misma túnica, echan mano á la misma litera, y el eslabon que reúne estas dos extremidades sociales es un pobre enfermo, que no conociendo ni el uno ni el otro, ora igualmente por los dos.

Despues, cuando han dejado los hermanos de la Misericordia la casa, los niños, cuyo padre acaban de recoger, la mujer, cuyo marido acaban igualmente de llevarse, no tienen mas que mirar en torno de ellos, y sobre algun mueble viejo encontrarán una piadosa limosna depositada por una mano desconocida.

El gran duque hace parte de la asociacion de los hermanos de la Misericordia, y se asegura que mas de una vez á la llamada de la fatal campana ha llegado á revestirse aquel uniforme de la humanidad, y á penetrar desconocido al lado de los obreros hasta la cabecera de algun pobre moribundo, en cuya casa, despues de su marcha, su presencia no ha sido descubierta sino por el abundante socorro que en ella ha dejado.

Los hermanos de la Misericordia deben tambien acompañar los reos al cadalso. Pero como desde el advenimiento al trono del gran duque Fernando, padre del actual soberano, la pena de muerte se halla casi abolida, están libres de esta penosa parte de sus tareas.

Llenado su deber, cada hermano vuelve á la plaza del Duomo; deposita en la casa su misericordiosa túnica, su vela, su caperuza, y vuelve á sus negocios ó á sus dulzuras, casi siempre aligerado de algunos *francescone*. Volvamos á la Pèrgola, de que por un instante nos ha separado la campana de la Misericordia.

Concluido el baile se canta el segundo acto ; porque en Italia, para dar á los cantantes tiempo de descansar, el baile se ejecuta entre los dos actos. Como en general se ocupan poco de la ópera, nadie se queja de esta soltura de continuidad. Solo los extranjeró se admiran al pronto, pero luego se acostumbran ; y además no se habita tres meses en Florencia sin que ya se toscanice uno en las tres cuartas partes.

Florencia es en todos tiempos lo que era Venecia en tiempo de Cándido : la cita de los reyes destronados. A la primera representacion de las *Vísperas Sicilianas*, en efecto, vi yo á la vez en el teatro al conde de San Leu, ex-rey de Holanda ; al príncipe de Montfort, ex-rey de Westfalia ; al duque de Luca, ex-rey de Etruria ; á madama Cristóbal, ex-reina de Haití ; al príncipe de Siracusa, ex-virey de Sicilia ; y en poco ha estado que esta ilustre sociedad de testas descoronadas no se hubiese completado por Cristina, la ex-regenta de España.

Verdad es que la ópera que se representaba era del príncipe Poniatowski, cuyos antepasados habian sido reyes de Polonia. Como se ve, la Toscana ha arrebatado á la Francia el privilegio de ser el asilo de los reyes desgraciados.

Despues de la Pérgola hay siempre algunas tertulias russas é inglesas ó florentinas, donde se va á terminar la noche comenzada en las Cachinas ó en la Pérgola.

Esta es Florencia en el invierno para la aristocracia. Es, cuanto al pueblo toscano, mas feliz que el pueblo parisiense, el invierno no es para él una estacion en la que tiene frio y hambre : es, al contrario, como para la nobleza, una época de placer. Como los grandes señores tiene dos teatros de ópera, á los que va por cinco

cuartos, y donde oye á Mozart, Rossini y Meyerbeer, y los que, como grandes señores, tienen su Stentarello que va á aplaudir por dos *graci*. Stentarello es en Florencia lo que el *Iocristo* en Paris, lo que el *Casandra* en Roma, lo que el *Polichinela* en Nápoles, lo que el *Gerlamo* en Milan, es decir, el gracioso nacional eterno é inamovible, que hace trescientos años tiene el privilegio de hacer reir á los antepasados de trescientos años, y todavia, segun todas las probabilidades, tendrá el honor de hacer reir á los descendientes. Stentarello, en fin, es de aquella ilustre familia de graciosos que con grande pesar van desapareciendo de las escenas, por nuestras conmociones políticas y revoluciones literarias.

Lo que choca en Florencia como una costumbre particular de la ciudad, es la ausencia de un marido. No hay que buscar al marido en el carruaje ó en el palco de su mujer ; es inútil, no está allí. — ¿Dónde está? — No lo sé : en cualquier otro palco ó en otro carruaje. En Florencia el marido se parece al anillo de Giges ; es invisible. Hay mujer en la sociedad que he encontrado tres veces al día durante seis meses, y al cabo de este tiempo la creia viuda, cuando por casualidad en la conversacion supe que tenia un marido, que este marido existia real y positivamente y vivia en la misma casa que ella. Entonces busqué al marido, pregunté por él á todo el mundo, me empeñé en verlo. Trabajo perdido ; tuve que marcharme de Florencia sin haber tenido el honor de conocerle, con la esperanza de ser mas feliz en otro viaje.

No sucede esto en los matrimonios jóvenes ; se adelanta una generacion que se separa en este punto de las tradiciones paternales, y se les cita como de fecha de

veinte y cinco años el último contrato de un matrimonio en que se inscribió por parte de los parientes de la casada la extraña reserva que dejaba á su hija el derecho de escogerse un caballero *servente*.

Puesto que hemos soltado la palabra, será preciso que hablemos un poco del caballero *servente*. Además, si no dijese nada de él, se creería tal vez que había mucho que decir.

En las grandes familias donde las alianzas en lugar de ser matrimonios de amor, son casi siempre uniones de conveniencia, sucede despues de un tiempo mas ó menos largo, que viene el cansancio y el fastidio, y se siente la necesidad de una tercera persona : el marido está taciturno y brutal, la mujer agria y quimerista : los dos esposos no se hablan sino para hacerse mutuas recriminaciones y se hallan á punto de detestarse.

Entonces se presenta un amigo : la mujer le cuenta sus dolores ; el marido le cuenta sus fastidios, cada cual echa sobre él una parte de sus pesares, y se siente aliviado de la parte que acaba de descargar en un tercero : hay mejora en el estado de las partes.

Pronto el marido conoce que su mal grande contra su mujer era la obligacion contraida tácitamente por él de llevarla á todas partes consigo : la mujer por su parte comienza á conocer que la sociedad á que la lleva su marido no es insoportable sino porque se ve obligada á ir á ella con él. Cuando llegan á este punto ambas partes se aproximan á comprenderse.

Entonces se dibuja el papel del amigo : se sacrifica por los dos : su abnegación es su virtud. Gracias á su sacrificio, el marido puede ir á donde le dé la gana con su mujer. Gracias á su sacrificio, la mujer queda en su

casa sin fastidiarse mucho : vuelve el marido risueño y encuentra risueña á su mujer.

¿A quién debe el uno y el otro este cambio de humor? Pero el amigo reducido á este papel, podría cansarse y vendría á recaerse en la primera posición, posición reconocida perfectamente como insoportable. El marido tiene antiguos derechos de los que no se cuida y de los que no sabe qué hacer : no quiere darlos, pero uno á uno se los deja quitar. A medida que el amigo le sustituye, se siente con mas comodidad en la casa : el amigo es caballero *servente* en el título, y el triángulo equilátero se establece así poco á poco con satisfacción de todos.

Esta no es la historia de la Italia particularmente ; es la historia de todos los países del mundo : solo que en todos los países del mundo se oculta por hipocresía ó por orgullo : en Italia se deja ver por hábito y por indolencia. Pero lo que solo sucede en Italia, por ejemplo, es que esta relación sea el verdadero matrimonio, y que casi siempre la felicidad perdida con el primero es guardada con el segundo. En efecto, relacionados así una vez la dama y su caballero, cuanto mas público es este arreglo, mas duradero es necesariamente. Ahora, ¿no vale mas tomar públicamente un amante y conservarlo toda su vida, que cambiar continuamente cada ocho días, todos los meses, todos los años, como está en costumbre en otros países que conozco y que no nombro?

¿Pero qué figura hacen los maridos italianos?

Se responderá con un pequeño diálogo.

— Señor D...., decia el emperador á uno de sus cortesanos ; me aseguran que sois cornudo. ¿Porqué no me lo habeis dicho ?

— Señor, respondió Mr. D....., porque he creído que eso no interesaba á mi honor ni al de V. M.

Los maridos italianos son del parecer de Mr. D.....

Desgraciadamente este arreglo interior, que por mi cuenta hallo que en el momento que conviene á los tres interesados es muy sencillo, muy natural, y aun diría casi moral, no se ejecuta sino á expensas de la hospitalidad. En efecto, se comprende cuán incómodo debe de ser que penetre la mirada investigadora de un extranjero, y sobre todo de un francés, desde el salón á la alcoba, y que con su ligereza y su habitual indiscrecion se vaya, apenas ha dejado á Florencia, á dar gracias por la publicidad de la vida privada de las familias, que por la recomendacion de un amigo le han acogido como un amigo. El desconocido no habrá, sin embargo, pisado la casa de los que así le han recibido, sino para dejar la turbacion en pago de las finezas y atención que les ha merecido. Resulta, si esto es verdad, que el extranjero amablemente acogido en un principio, ó bajo la fe de su nombre solo, ó por una carta que le ha asegurado la introduccion, despues de la invitacion ordinaria á las comidas y á los bailes, permanece durante un año en Florencia extraño para los florentinos. De aquí la ausencia completa de esas buenas y gratas conversaciones á la chimenea, ó despues de una noche todá pasada en hablar, el irse ignorando perfectamente lo que ha podido decirse, pero sabiendo por el deseo mismo que tienen en renovarlas á la mañana siguiente, que no se ha fastidiado ni un instante. Pero todavía si esto se quiere, la culpa no es seguramente de los florentinos, sino de la indiscrecion y de la ingratitud francesa.

SANTA MARÍA DE LAS FLORES.

Nuestro primer cuidado al llegar á Florencia habia sido entregar en el palacio Corsini, Poniatouski y Martellini las cartas de recomendacion que teniamos para sus ilustres dueños. En el mismo día nos enviaron billetes de invitacion, ó de soirés, ó de bailes, ó de comidas. El príncipe Corsini, entre otros, nos hizo invitar á ver en el balcon de su casino la carrera de los *Barberi*, y desde los salones de su palacio la iluminacion y los conciertos sobre el *Arno*.

En efecto, venian las fiestas de San Juan y sentia bajo la calma florentina la alegre agitacion que precede á las grandes solemnidades.

Sin embargo, solo nos quedaban dos ó tres dias de intervalo entre el en que estábamos y el en que debian comenzar las fiestas. Resolvimos emplearlos en visitar los principales monumentos de Florencia.

Mis dos primeras visitas al llegar á una ciudad son ordinariamente la catedral y la casa de ayuntamiento.

En efecto, toda la historia religiosa y política de un pueblo se halla ordinariamente agrupada en derredor de estos monumentos. Provisto de mi guía de Florencia, de *Vasari* y mis Repúblicas italianas de Sismondi, di la orden á mi cochero de que me llevase al *Domo*. Alteré un poco el orden cronológico siendo la fundación del *Domo* posterior en una docena de años al Palacio viejo; pero era justo que comenzase por el Señor del cielo antes que por las señorías de la tierra.

Hacia el año de 1294 la república florentina gozaba, gracias á su nueva constitucion, de una profunda tranquilidad. Al mismo tiempo que hacia cercar la ciudad con un nuevo recinto, revestir de mármol el baptisterio de San Juan, edificar su Palacio viejo, y levantar la torre de San Miguel, resolvió hacer reedificar con una magnificencia digna de ella, y por consecuencia sobre las mas amplias proporciones, la antigua catedral dedicada entonces á San Salvador, despues á Santa Reparata. En su consecuencia el ayuntamiento se reunió y dió este decreto:

« En atencion á la alta prudencia con que un pueblo de grande origen debe proceder en sus negocios de modo que se reconozca en lo que ha hecho que es poderoso y de espíritu, mandamos á Arnolfo, maestro y jefe de nuestro comun, que haga el modelo y el dibujo de reconstruccion de Santa Reparata con la mas alta y mas suntuosa magnificencia que pueda, á fin de que esta iglesia sea tan grande y tan hermosa, cuanto puedan edificarla el poder é industria de los hombres: porque ha sido dicho y aconsejado por los mas discretos de la ciudad en asambleas públicas y privadas que no emprenda las cosas el comun, si no está acorde en

llevarlas al mas alto grado de grandeza, como conviene hacer por el resultado de las consideraciones de una reunion de hombres libres movidos por una única y sola voluntad; la grandeza y la gloria de la patria. »

Arnolfo-di-Cape tenia que luchar con un terrible predecesor que habia recorrido la Italia dejando por do quiera monumentos espléndidos ó poderosos.

Era Buono, escultor y arquitecto, uno de los primeros cuyo nombre ha sido pronunciado en la historia del arte. En efecto, Buono, desde la mitad del siglo XII habia construido en Ravena muchos palacios é iglesias, los que le habian creado una reputacion tan grande y tan noble que habia sido sucesivamente llamado á Nápoles para levantar allí el palacio la Capouau y el palacio de Oeuf: en Venecia para fundar allí el campanillo de San Marcos: en Pistoya para hacer la iglesia de San Andrés: en Arezzo para construir el palacio de la señoría, y en Pisa para fundar á medias con Bonuanno aquella famosa torre inclinada que causa todavía terror y admiracion á los viajeros.

Arnolfo no se asustó del paralelo, y á pesar de la envidia natural de la humanidad, que aumenta siempre la reputacion de los muertos para rebajar la de los vivos, animado con el triunfo que habia conseguido en la ejecucion de la iglesia de Santa Cruz que acababa de terminar, se puso atrevidamente á trabajar é hizo un modelo que reunió con tanta uniformidad los detalles, que se decidió que inmediatamente se pusiera en práctica.

En efecto, despues del trabajo preparatorio para separar de los cimientos un manantial de agua viva, al que se atribuian los temblores de tierra que habian conmovido muchas veces la antigua basilica, se colocó la pri-

mera piedra en 1298 por el cardenal Valeriano, enviado expresamente por el papa Bonifacio VIII, el mismo que entrando en el pontificado como un zorro, debia, dice su biógrafo, mantenerse en él como un leon y morir como un perro.

Comenzó, pues, á levantarse la nueva catedral bajo la preciosa invocacion de Santa María de las Flores, nombre recibido, dicen unos, en recuerdo del campo de rosas sobre que fué construido Florencia, y otros en honor de las flores de lis, de que se componen sus armas. Asegúrase que entonces, viendo salir majestuosamente su obra de la tierra y previendo su futura grandeza, exclamó Arnolfo:

— Yo te he preservado de los temblores de tierra: ¡Dios te preserve del rayo!

El arquitecto lo habia calculado todo para la ejecucion del Domo, excepto la brevedad de su vida. Dos años despues de colocada la primera piedra, murió Arnolfo dejando su construccion, comenzada apenas, en manos del Giotto, que al primitivo dibujo añadió el campanillo.

Pasáronse todavía los años. Tadeo Gaddi sucedió á Giotto, Andrés Organna á Gaddi y Felipe á Andrés Organna, sin que ninguno de estos se hubiese atrevido á comenzar la ejecucion de la cúpula. Habia ya gastado el monumento cinco arquitectos y todavía estaba sin concluir, cuando en 1417 Felipe Brunaleschi emprendió aquella gigantesca obra, que no habia tenido modelo en lo pasado sino en Santa Sofia de Constantinopla, y que no debia tener rival en el porvenir sino en San Pedro de Roma: y la obra salió tan bien de manos del sublime artista que cien años despues, Miguel Angel llamado á

Roma por el papa para suceder á Bramante, dijo al echar su última ojeada sobre la cúpula enfrente de la que habia prevenido su sepulcro para verla aun despues de muerto:

— Adios: voy á tratar de hacer tu hermana, pero no espero hacer tu rival.

El Domo no quedó terminado. Bacchio de Armolo estaba ejecutando su galeria exterior, cuando una chonzoneta de Miguel Angel se la hizo abandonar; por último, en el momento de colocar el mármol en la fachada, se notó que faltaba dinero al tesoro. Diez y ocho millones habia costado la ereccion del monumento. Interrumpiéronse los trabajos y no fueron continuados despues. Únicamente con motivo del matrimonio de Fernando de Médicis con Violante de Baviera, algunos pintores bávaros cubrieron de frescos la fachada blanca y desnuda. Estas son las pinturas cuyos restos, casi enteramente borrados, se ven hoy.

Tal como está el todo sin concluir y como lo han dejado las vicisitudes por que pasan los monumentos como los hombres, el Domo, incrustado todo de mármol blanco y negro, con sus ventanas adornadas de columnas en espiral, de pirámides y de estatuillas, sus puertas coronadas de esculturas de Juan de Pisa ó de mosaicos de Guirlandajo, es todo una obra maestra que, á ruegos de su primer arquitecto, los temblores de tierra y el rayo han respetado. Su primer aspecto es magnífico, completamente espléndido, y nada es tan hermoso como dar un paseo á la luz de la luna, al rededor del coloso incrustado en medio de su plaza como un gigantesco leon.

El interior del Domo no corresponde á lo exterior;

empero los recuerdos históricos ennoblecen la pobreza de sus paredes y la desnudez de sus bóvedas.

A derecha é izquierda al entrar, á una altura de veinte piés casi, hay dos monumentos : el uno pintado sobre la pared por Pablo Vecello, y el otro ejecutado en relieve por Jacobo Organna, representando los dos mas grandes capitanes que ha tenido á su sueldo la república florentina. El fresco está consagrado á Juan Auend, célebre condottiero inglés de nacion, que pasó del servicio de Pisa al de Florencia. El bajo relieve representa á Pedro Farnesio, el célebre general florentino que llegado el 29 de marzo de 1565, ganó en el mismo año á los pisanos la célebre batalla de Piero.

Está escogido el momento por la estatuaría en que Pedro Farnesio habiendo sido muerto su caballo, montó sobre un mulo, y con la espada en la mano á la cabeza de sus coraceros, cargó con esta extraña montura.

En cuanto á Juan Auend, como pronuncian los Italianos, ó Juan Hawkwood, como escriben los Ingleses, era, como hemos dicho, un célebre condottiero á sueldo del papa : terminado noblemente su compromiso con el Santo Padre, Auend halló ventajoso pasar al servicio de la magnífica república, y fué en 1377 el mas firme apoyo de los que habia combatido hasta entonces, á quienes sirvió hasta el 15 de marzo de 1394, es decir, cerca de veinte años.

Durante aquel período habia trabajado tanto por el honor y la prosperidad de Florencia, que aunque murió de muerte natural en una posesion que habia comprado cerca de Cortona, la señoría le hizo sepultar en la catedral. Como se deja bien conocer, no era por sus obras de santidad por las que Juan Hawkwood habia mere-

cido semejante monumento. Juan Hawkwood era al contrario poco respetuoso con los religiosos, y además trascendia á hereje desde una legua. Un dia habiendo ido á verle dos frailes legos á su castillo de Monteschio :

— Dios os dé la paz, le dijo uno de los dos frailes.

— El diablo te dé la limosna, respondió Auend.

— ¿Porqué nos quereis tan mal que nos decís eso? preguntó entonces el pobre lego asustado con semejante respuesta.

— ¡Pardiez! respondió Auend; ¿no sabeis que yo vivo de la guerra, y que la paz que deseais me haria morir de hambre?

Otro dia habiendo abandonado el saqueo de Faenza á sus gentes, entró en un convento en el momento en que dos de sus mas valientes oficiales, disputándose una pobre religiosa arrodillada á los piés de un crucifijo, acababan de echar mano á la espada para saber á cuál de los dos debia pertenecer. Auend no trató de convencerlos; sabia bien que era cosa inútil con las gentes con quien tenia que habérselas. Se fué derecho á la religiosa y la dió de puñaladas. El medio fué eficaz; al aspecto del cadáver, los dos capitanes volvieron á envainar las espadas.

Así, Paolo Vecello, á quien se habia encargado la ejecucion de la pintura, se guardó de poner el simulacro del ilustre muerto en actitud de arrepentimiento ó de oracion : lo colocó buenamente sobre un caballo de batalla, á quien, con gran disgusto de los sabios, hizo levantar á la vez el pié derecho de delante y el pié derecho de detrás. Durante tres siglos y medio disputaron y discurrieron los sabios sobre la imposibilidad de aquel modo de andar, y dijeron que de todo el género ani-

mal solo pertenecía á los osos. Solo algunos años después un miembro del Jockey-Club exclamó viendo el fresco de Paulo :

— ¡ Toma ! este es el paso de andadura.

Esta exclamacion puso á todos los sabios acordes. Algunos pasos mas adelante de Arend, hay un retrato del Dante. Este es el único monumento que la república ha consagrado al Homero de la edad media.

No hablemos una palabra de él ; tendremos tantas veces ocasion de citarle como poeta ó historiador, que nuestros lectores nos permitirán que les cojamos de las manos y les hagamos dar una vuelta al rededor del coloso.

Nació Dante, como hemos dicho, en 1265, el quinto año de la rebelion gibelina. Era el vástago de una noble familia de quien él mismo ha tenido cuidado de indicarnos la genealogia en el quinto canto de su *Paraiso*. El tronco de aquel árbol, de quien él fué la rama de oro, era Cacciio Grinda-de-Shel, que habiendo tomado por mujer á una jóven de Ferrara de la casa de los Alighieri, añadió á su nombre y á sus armas el nombre y las armas de su mujer, y después fué á morir á Tierra Santa, caballero en la milicia del emperador Conrado.

Jóven todavía, perdió á su padre. Educado por su madre, que se llamaba Vella, fué su educacion la de un cristiano y la de un caballero. Brunetto Catini le enseñó las letras latinas : en quanto á las letras griegas, afortunadamente no estaba muy en moda todavía, sin lo que, en lugar de su *Divina Comedia*, Dante hubiera hecho sin duda un poema como la *Eneida* : en quanto al nombre de su maestro en la caballeria, se ha perdido, aun-

que la batalla de Campaldino ha probado que habia recibido nobles lecciones.

Adolescente, estudió la filosofia en Florencia, Bolonia y Padua. Hombre, fué á Paris y aprendió allí la teologia. Después volvió á su bella Florencia, donde ya habia nacido la pintura y la estatua, y donde le aguardaba la poesia para nacer.

Era presa entonces Florencia de las guerras civiles. La alianza del Dante con una mujer de la familia de los Donati, le arrojó en el partido güelfo. Dante era uno de aquellos hombres que se lanzan en alma y cuerpo en un partido : así le vemos en la batalla de Campaldino cargar á caballo á los gibelinos de Arezzo, y en la guerra contra los pisanos montar el primero en la brecha del castillo de Caprona.

Después de esta victoria obtuvo las primeras dignidades de la república : catorce veces fué nombrado embajador ; catorce veces llevó á cabo la mision que se le habia confiado. En el momento de ir á una de las embajadas, fué cuando abarcando con su mirada los sucesos y los hombres, y encontrando los unos gigantescos y pequeños los otros, dejó caer estas desdeñosas palabras :

— Si me quedo, ¿ quién irá ? Si me voy, ¿ quién quedará ?

Una tierra trabajada por las discordias civiles, está pronta para hacer germinar semejante simiente : su compañera es la envidia, su fruto el destierro.

Acusado el Dante de conusion, fué condenado en 27 de enero de 1302, por sentencia del conde Gobrial Quebrió, pedesá de Florencia, á ocho mil libras de multa, dos años de proscripcion, y en el caso de insul-

vencia de la multa, á la confiscacion y venta de sus bienes, y á destierro perpetuo.

No quiso Dante reconocer el crimen reconociendo la sentencia: abandonó sus empleos, su casa, sus tierras, y salió de Florencia, llevando por toda riqueza la espada con que habia combatido en Campoldino y la pluma con que habia escrito las setecientas diez y siete estrofas del *Infierno*. Tal vez este es el momento que eligió el pintor, porque se ve detrás del desterrado á Florencia, y al lado del poeta una representacion de las treinta y seis de la *Divina Comedia*.

Entonces fueron confiscados sus bienes y vendidos para el Estado. Pasaron el arado en el punto donde habia existido su casa, y lo sembraron de sal: en fin, condenado á muerte por contumacia, fué quemado en efigie en la misma plaza donde dos siglos mas tarde debia de serlo el pintor Savonarola.

El amor á la caballería, el valor en el combate, el ardor por la gloria, habian hecho del Dante un valiente guerrero: la habilidad en la intriga, la perseverancia en la política, habian hecho del Dante un gran hombre de Estado. El desden, la desgracia y la venganza, hicieron de él un poeta sublime. Privado de esa actividad mundana de que tenia necesidad, su alma se lanzó á la contemplacion de las cosas divinas, y mientras su cuerpo permanecia encadenado sobre la tierra, su espiritu visitaba el triple reino de los muertos, y poblaba el infierno de sus odios, y el paraíso con su amor. La *Divina Comedia* es la obra de la venganza: Dante cortó su pluma con su espada.

El primer asilo que se ofreció al fugitivo, fué el castillo de aquel gran gibelino Cane della Scala. Así

desde los primeros cantos del *Infierno*, se apresura el poeta á pagar la deuda de su gratitud, que expresa todavía en el canto XVIII del *Paraíso*:

.....Infin che'l veltro
Vercà, che la farà morir di doglia,
Questi non ciberà terra nè peltro;
Ma sapienza, e amore, e virtuti,
E sua nazione sarà tra feltro e feltro.

(*Inf.*, cant. I.)

Lo primo tuo rifugio e'l primo ostello
Sarà la cortesia del gran Lombardo
Che su la Scala porta il Santo Uccello.

(*Par.*, cant. XVII.)

Encontró la corte de aquel Augusto de la edad media, poblada de proscritos: uno de ellos, Sagacio Mutio Ganeta, historiador de Reggio, nos ha dejado preciosos detalles sobre el modo con que el señor Della Scala daba la hospitalidad á los que venian á pedir un asilo á su castillo feudal. « Tenia, dice, diferentes cuartos segun sus diversas condiciones, y en todos daba el señor, criado y espléndida mesa; los diversos cuartos estaban señalados por divisas y simbolos cristianos: la Victoria para los guerreros, la Esperanza para los proscritos, las Musas para los poetas, Mercurio para la riqueza, la Pureza para las gentes de iglesia, y durante la comida, bufones, músicos y juglares, recorrían los cuartos. Las habitaciones estaban pintadas por Giotto, y los asuntos que habia en las pinturas, eran relativos á las vicisitudes de la fortuna humana. De tiempo en tiempo el señor castellano llamaba á su propia mesa á alguno de sus huéspedes, y sobre todo á Dido de Casteló, á Reggio, y á

Dante Alighieri, hombre muy ilustre entonces, y á quien veneraban por el siglo XIII. »

Empero, por honrado que fuese el proscrito, no podia doblegar su altivez á aquella vida, y profundas quejas salian muchas veces de su pecho. Tan pronto es Farinata de los Huberti, quien con su voz altiva le dice : « La reina de estos lugares no iluminará cincuenta veces su nocturno rostro sin que sepan por tí mismo cuán difícil es el arte de entrar en su patria. »

Tan pronto es su abuelo Caccio Güide, que lamentando las penas de su aislamiento, exclama : « Así como Hipólito salió de Atenas arrojado por una pérfida é impía madrastra, así me será preciso abandonar las cosas mas queridas, y esta será la primera flecha que partirá del arco de destierro ; entonces comprendereis la amargura que encierra el pan de la emigracion, y cuán dura de subir y bajar es la escalera ajena. Pero el peso mas insoportable para sus espaldas, será esa mala y dividida corte, en compañía de la que caeréis en el abismo. »

Estos versos se ve que están escritos con las lágrimas de los ojos, con la sangre del corazón.

Sin embargo, por amargo dolor que sufriese el poeta, rehusó volver á su patria, porque no volvería á ella por el camino del honor. En 1315 una ley volvió á llamar los proscritos, con condicion de que pagarían cierta multa. Dante, cuyos bienes habían sido vendidos, cuya casa había sido arrasada, no pudo reunir la suma necesaria. Ofreciéronle exceptuarle á él, pero con condicion de que se constituyese prisionero, y que fuese á pedir su perdon á la puerta de la catedral, con los piés descalzos, vestido con la túnica de penitente, y ceñida su cintura con una cuerda. Un religioso amigo suyo le

trasmitió la proposicion. Esta fué la respuesta del Dante : « Con honor y con placer he recibido vuestra carta, y despues de haber pesado todas sus palabras, he comprendido con gratitud cuán de corazón deseais mi vuelta á la patria. Esta prueba de vuestro recuerdo me hace querer mas, porque es poco común para los desterrados encontrar amigos. Si mi respuesta no fuese tal cual la dará la pusilanimidad de algunos, yo la someto al exámen de vuestra prudencia. Esto es lo que yo he sabido por una carta de vuestro soberano, que lo es mio, y de algunos de mis amigos ; por una ley recientemente publicada en Florencia sobre alzar el destierro á los expulsados de ella, parece que si quiero dar una suma de dinero, y hacer una retractacion, podré ser absuelto, y volver á Florencia. En esta ley, padre mio, preciso es confesarlo, hay dos cosas ridiculas y mal escogidas. Digo mal escogidas por los que han hecho la ley, porque nuestra carta, mas prudentemente discreta, no contiene nada de estas cosas.

« ¿ Es esta la generosa manera con que Dante Alighieri debe volver á su patria despues de un destierro de quince años ? ¿ Es esta la reparacion acordada á una inocencia manifiesta á todo el mundo ? ¿ Mis muchos sudores, mis grandes afanes, ¿ no tendrán otra recompensa ? ¡ Lejos de un filósofo semejante vileza digna de un corazón mezquino ! ¡ Gracias por el espectáculo que quieren que presente al pueblo, cuando lo haria solo algun miserable medio sabio sin alma y sin fama ! Que ¿ yo... destituido de honor, habia de ir á hacerme tributario de los que me ofenden, cual si hubiesen merecido mi agradecimiento ? No es ese el camino de la patria, padre. Pero si hay algun otro que me esté

abierto, y que no me prive de la fama del Dante, lo acepto, indicádmelo, y estad seguro que serán rápidos los pasos que dé por aproximarme á Florencia; pero para no entrar en Florencia por el camino del honor, mas vale no entrar. El sol y las estrellas se ven en todas partes, y en todas partes se pueden meditar las verdades del cielo. »

Dante proscrito por los güelfos se habia hecho gibelino, y fué tan ardiente en la nueva religion, como leal habia sido en la antigua. Creia sin duda que la influencia imperial era el único medio de la grandeza para la Italia, y sin embargo, Pisa habia edificado bajo sus ojos su Campo Santo, su Domo y su torre inclinada. Arnolfo di Lapo habia echado en la plaza del Domo los cimientos de Santa Maria de las Flores: Siena habia levantado su catedral con su campanario encarnado y rojo, y habia allí guardado como una alhaja en su estuche, la cátedra esculpida por Nicolás de Pisa; porque tal vez tambien el carácter aventurero de los caballeros de San Atilano le parecia mas político que la habilidad comerciante de la aristocracia genovesa y veneciana, y el fin del emperador Augusto le agradaria mas, que la mision de Bonifacio XIII.

Cansado de la vida que llevaba en casa de Cane della Scala, en donde la amistad del señor no siempre protegía contra la insolencia de sus cortesanos y las burlas de sus bufones, el poeta volvió á tomar la vida errante. Habia concluido su poema del Infierno en Verona, escribió el Purgatorio en Cagagnano, y terminó su trabajo en el castillo de Tolmino en Frioul por el Paraiso. De allí fué á Padua, donde pasó algun tiempo en casa del Giotto su amigo, á quien por reconocimiento dió la

corona de Cimabue. Por último fué á Ravena. En esta ciudad publicó su poema entero. Dos mil copias se hicieron con la pluma, y se enviaron por toda la Italia. Todos alzaron entonces los ojos asombrados hácia aquel nuevo astro que acababa de iluminarse en el cielo. Dudaron que un hombre viviendo aun, hubiese podido escribir semejante cosa, y mas de una vez sucedió cuando el Dante se paseaba lentamente por las calles de Ravena y de Rímimi con su larga toga encarnada, y su corona de laurel sobre la cabeza, que asustadas las madres le enseñaban con el dedo á sus hijos diciéndoles: ¿ Veis ese hombre? pues ha bajado al infierno....

En efecto, Dante debia aparecer un hombre extraño y casi sobrenatural. Y para comprender bien bajo qué aspecto debia aparecer á sus contemporáneos, es preciso que echemos una breve ojeada sobre la Europa del siglo XIII, y ver lo que seria cien años despues. Se conocerá entonces que tocando aquella época á la edad del feudalismo preparado por una guerra de ocho siglos, comenzaba á entreverse parte de la civilización. El mundo pagano é imperial de Augusto se habia hundido con Carlo Magno en Occidente y Alexis Angel en Oriente: el mundo cristiano y feudal le habia sucedido desde el mar de Bretaña al mar Negro, y la edad media religiosa y política, personificada ya en Gregorio VII y en Luis XI, solo aguardaba para completar aquella magnífica trinidad, su representante literario.

Hay momentos en que las ideas bajan, buscan su cuerpo para formar un hombre, y flotan sobre las sociedades como las nieblas en la superficie de la tierra. Mientras el viento las arroja sobre el espejo de los lagos ó sobre el tapiz de las praderas, no es mas que un vapor